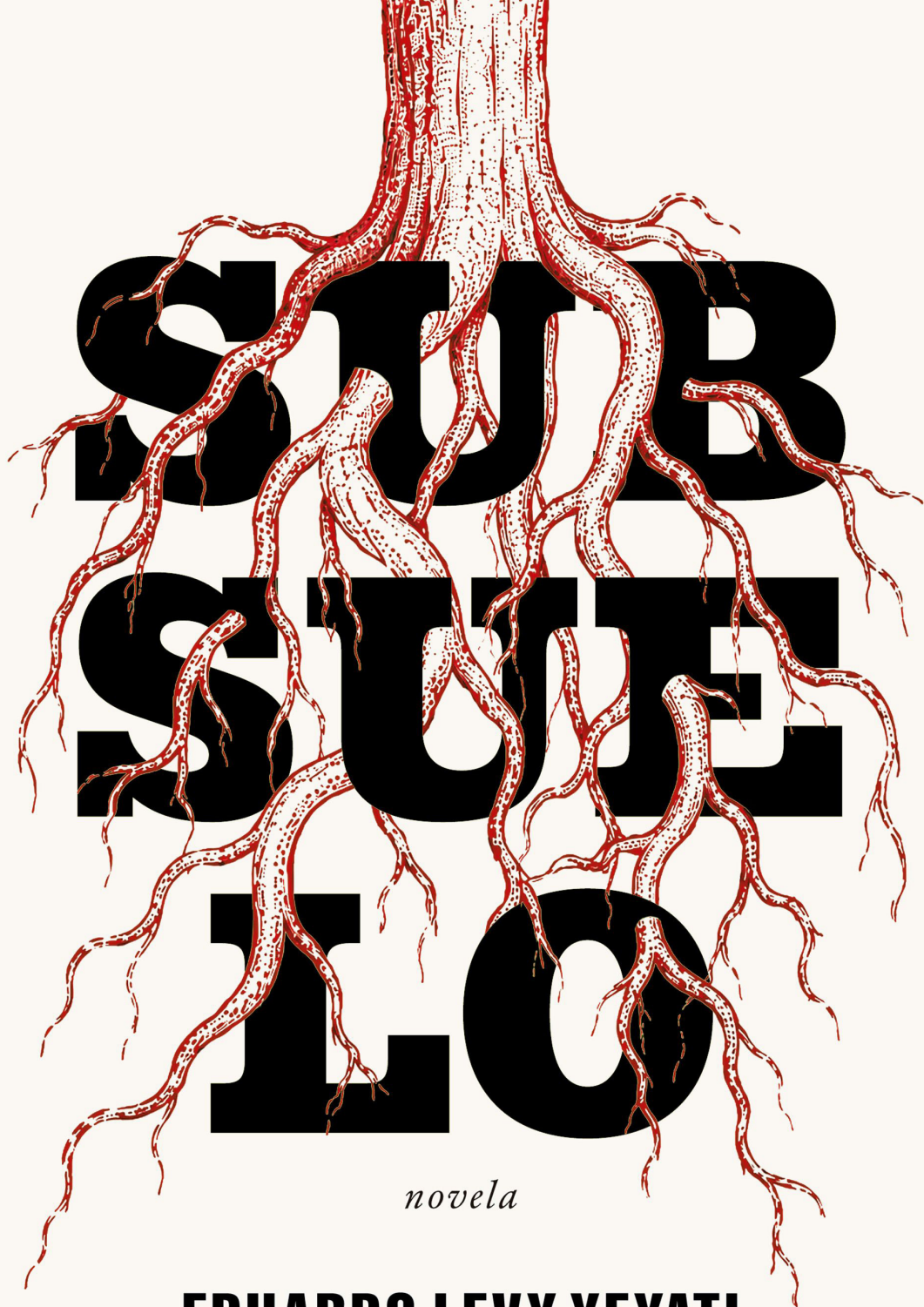




EDUARDO LEVY YEYATI

Eduardo Levy Yeyati

SUBSUELO

PRIMER SUBSUELO



Sábado

No hay peor cosa que morir en vida, no hay cómo prepararse.

Y eso que yo venía de morirme, varias veces. La última, una hemorragia interna y varias transfusiones que me condenarían a una cama de hospital el viernes de Acción de Gracias, gentileza de una anemia hereditaria que los médicos llaman «enfermedad de Cooley». Como sucede cada vez que me renuevan la sangre —en el transcurso del lento enema intravenoso en el que la sangre nueva va desalojando a la sangre vieja a razón de quinientos mililitros cada cuatro horas con la ayuda de un diurético que me despachan primero por mi condición cardíaca, también hereditaria—, la cercanía de la muerte me había tiernizado los filos, me había sedado. (No, sedado no: ¿cómo llamaríamos a la sensación de haber muerto y contar con un tiempo suplementario en la Tierra sin propósito ni vencimiento, sin sentido ni impulso de preservación ni ilusión de trascendencia?).

Por eso la primera muerte de Almeida me pegó en cámara lenta, porque venía de morirme por tercera vez en el año y caminaba por Buenos Aires como un ángel de Wenders, imperceptible y levitante, reconociendo y desconociendo la ciudad, respirando de yapa y despidiéndome de todo. Porque esta historia es la historia de una despedida.

Y comienza ayer, en la mañana del viernes, cuando Núñez me pide que cubra la visita de Almeida al festival de cine. Núñez, que conoce a Almeida de otros festivales —o eso me dice—, llamó a su casa de California y «en cinco minutos» consiguió una entrevista exclusiva para la revista, a continuación de la conferencia de prensa que —no sea que el portugués se arrepienta—, también me pide que cubra. Aun sin creermelo, pienso que no es improbable que un tipo como Almeida, conocido por una tribu mínima de estudiantes de cine que han leído de él más de lo que han visto de su trabajo, nos conceda una entrevista después de una conferencia a la que probablemente no vaya nadie. Pregunto: «¿Qué película presenta?» y Núñez me lanza un vistazo de indignada condescendencia, antes de mirar a la ventana y responder de costado: «Una sobre Foreman, el campeón de la lobotomía». Ante mi expectante silencio, agrega: «Una joya, una verdadera joya, una verdadera joya revolucionaria a mitad de camino entre el documental y la ficción. De hecho, compite en

ambas categorías. Nos costó mucho conseguirla para el festival. Te va a encantar».

Núñez no deja pasar la oportunidad de referirse en primera persona al evento que dirigió una vez hace diez años, y yo me pregunto por qué inusual combinación astral me toca pasar la tarde del domingo discurriendo sobre las virtudes cinematográficas del picahielos para sostener la nostalgia de un Núñez adolescente y su *cahier* porteño de dos mil ejemplares. Por suerte, Almeida para en el Sheraton de Retiro, no lejos de San Telmo, de la revista y de mi monoambiente. Veinte minutos en colectivo, quince a pie.

Hoy sábado doy clases. Llego un rato antes, paso por la cafetería para hacerme de un café negro y una medialuna y recalco con mi mochila en la oficina de los profesores con dedicación parcial, un agujero con un par de mesas y cuatro sillas para que los profes parcialmente dedicados hagan una pausa entre clases o procrastinen en el subempleo crónico que es la marca de tanto historiadora, filóloga y socióloga que pulula por esta desangelada casa de estudios. Tomo mi café en soledad mientras hojeo el diario: explota un gasoducto en Siberia, el FMI amenaza con abandonar el programa de emergencia, el gobierno y la oposición se echan la culpa de la pobreza, los sindicatos llaman a un paro

general, los piqueteros anuncian manifestaciones en el centro, las sociedades elogian a los conformistas vivos y honran a los rebeldes muertos, sostiene el anatomista alemán Gunther von Hagens, flamante enfant terrible gracias a una muestra reciente de doscientos cadáveres «plastinados», lo que ensucie el perro deberá limpiarlo el dueño, dice una nueva normativa de la ciudad. Me interrumpe una mujer alta y gruesa, tierna y pecosa como un budín de zanahorias, que descarga un morral pesado sobre la mesa. La conozco vagamente; trafica en psicología del arte —rebusque de las perpetuamente sobreofertadas psicólogas—, en talleres de cine y psicología donde analiza películas de consumo masivo que, si hay onda, liga con las vivencias personales de los contertulios: terapia, cine y cena por el mismo módico precio. Todo esto según Ana, que la conoce de la carrera de artes, del tiempo en que Ana estudiaba artes o algo por el estilo, del tiempo antes de mí. Vuelvo a mi página del diario, pero la mujer hace ruido de papeles, de lapicera en mesa, respira intensamente, mueve intensamente su cuerpo pesado en la silla vencida, implora atención. Sin preámbulos, me habla de la película de Kelly, que reseñé para la revista: 5 sobre 10, y solo por Drew Barrymore y por la belleza grunge del conejo gigante, y a pesar de la ucronía adolescente. (Sí, la crítica cinéfila es mercúrica y emocional). «Una joya», me dice casi enojada, como si me hubiera leído, con un desdén

pasivo-agresivo que comienza a intrigarme —¿su manera de establecer superioridad académica o su versión del levante?— justo cuando la alarma del reloj me avisa que son las once, así que me paro, saludo sin mirar y salgo a predicar.

No quiero dar una impresión errada: este no será un día normal. Ni lo serán los siguientes. Mi vida, en días normales, está llena de tiempos muertos, cada vez más muertos. Sin tolerancia para la televisión, mi ocio se volvió adicto al cine solitario, a los bares y los parques prestados y a una socialización automática de relaciones inmemorables que se suceden por acumulación y que, una cosa lleva a la otra, terminan ocupando espacio, demorándose en mi cama, sujetándome en un abrazo dormido, relaciones que entran y salen de escena como un compañero de oficina que pasa frente a mi escritorio, café en mano, en busca de algo que lo rescate del hastío. Pocas cosas más penosas que la conciencia de la propia dependencia. Hay quienes aceptan la compañía como un antojo o un recreo y conviven civilizadamente a modo de ocasionales partenaires y están las convencidas, las militantes, las benditamente ignorantes que sostienen estas relaciones efímeras cual si se tratara de la preservación de la especie humana. Ana está en el umbral entre el antojo y la militancia. Sin trabajo, se

mudó a mi departamento demasiado rápido y, si bien hay días en los que me sirve hablar con ella de mi angustia para no angustiarme —los tiempos muertos son inmasticable cuando los malos pensamientos cirujan en la memoria—, es ella la que me usa. Dejarla sola en mi guarida con todo mi equipaje me hace sentir vulnerable, y compartir con ella el no espacio del monoambiente agrava mi sensación permanente de ahogo —y no solo porque Ana insiste en fumar adentro—. Me alivia pensar que pronto se cansará de mí.

Cuando abro la puerta a las tres de la tarde, la encuentro tal como la imaginé en el camino de la facultad al departamento: sentada en mi escritorio leyendo fotocopias borrosas en un pijama de seda del que se apropió la primera noche, entrenando para alguna audición o proyecto teatral cooperativo, ya le perdí el rastro. Desempleada, para todos los fines prácticos (conversaciones casuales, terapia, formularios) Ana es y será actriz. El lugar común de tanta ficción importada —el salario mínimo, las horas agotadoras memorizando líneas para audiciones fallidas, el fastidio bipolar con la vida, la lenta prostitución figurada o real en Los Ángeles o Nueva York— se reitera en ella con una diferencia: los viejos le pasan una modesta mensualidad —para evitar la prostitución real—, que ella se ahorra desde que hace tres semanas se apareció en mi departamento con dos bolsos y un gesto de oportunidad irrepetible. Ahora,

inclinada sobre el escritorio, no levanta la cabeza al oírme entrar, no me espera a esas horas y mi irrupción no altera sus planes, aunque sí los míos: el problema con Ana —mi problema con Ana— también se relaciona con mis tiempos muertos, su presencia succiona toda la distensión/concentración/abstracción/desinfección que preciso de vez en cuando para no perder el equilibrio. Con su llegada mis tiempos muertos se volvieron intolerablemente vivos.

Cuando por fin me mira con ojos luminosos de conejo, trato de recordar qué pieza ensayaba la última vez que hablamos del tema:

—¿Pirandello?

—Beckett.

—¿Audición?

—Cooperativa.

—¿Mecenas?

—No seas boluda.

Y vuelve a la lectura.

¿A quién se le ocurre poner a Beckett en un teatro de barrio con desconocidos de improbable idoneidad? La imagen de Ana saludando a una sala vacía me deprime y no puedo evitar extender el brazo y acariciarle la espalda como a una hija. (Podría ser mi hija). Ella ignora el gesto, pero deja el libro sobre la mesa y camina a la

cocina. (Camina dos pasos a la pared que es la cocina). Prende la hornalla, pone la pava y prepara el café, exhibiendo su espalda dorada como una diva ante mi cabeza polaroid: es verano y Ana se pasa el día en bombacha, una tanga blanca que marida bien con la venda blanca en la muñeca que es menos una advertencia que un accesorio erotizante, y yo me embriago en esa imagen.

—Llamó Bosco. Intentó ubicarte en el celular, pero no atendías.

—Estaba sin batería —miento.

—Dijo que lo llamaras.

—OK.

—¿Quién es Bosco?

—Un gringo especialista en túneles. Es para una nota que estoy escribiendo.

Ana me mira sin entender.

—Túneles. Monserrat. San Telmo.

—¿No habían cerrado todo eso?

—Precisamente, de eso se trata la nota.

—Deben estar llenos de ratas.

Su sonrisa puede decir tanto «¿En qué andás metida?» como «¿A que no sabés lo que tengo ganas de hacerte?». Intento responder, pero me sale una mueca.

Ana deja el café sobre la mesa y se me acerca, sienta en mi falda su cuerpecito calentito y se aprieta contra mí, me besa el cuello y las tetas, me espía detrás de su mechón dorado. Lo-lee-ta. La acaricio con una ternura casi real, la llevo en brazos a la cama —tan liviana—, la vuelco sobre el edredón de plumas, le quito el pijama, la observo desnuda un segundo —me encanta mirarla— y le abro las piernas. Estoy por sumergirme en ella cuando en mi Nokia suena el ringtone de Flint.

Me calzo los pantalones ante la mirada compungida de Ana, mientras escucho la voz paciente de Mike en el altavoz.

—Ya sabés lo mal que le hace cuando llegás tarde, ya bastante me cuesta hacer que salga de casa. Podrías al menos fingir que te interesa.

Mike es psiquiatra, debe saber lo que dice, debería saber por qué, a los quince años, de un día para el otro, Iván dejó de ver a sus amigos, de ir a la escuela, de contestar el teléfono, de subir las persianas de su cuarto, aunque sospecho que Mike piensa que fui yo, que algo de mí detonó esta enfermedad, que él llama su «fase» como si de ese modo estableciera su transitoriedad, que algo de mí incubó esta fase desde el inicio: el engaño de New York, mi desplazamiento, como él lo llama, condescendiente, mi ghosting, que me haya apartado, que haya intentado cancelarlos de mi vida. Pero no fui yo, no soy yo, el fracaso de Iván no es mi fracaso como

madre porque nunca quise ser madre. Mike lo supo siempre: Iván fue un accidente. ¿No pagué ya lo suficiente como para salir libre por buena conducta?

Lo dejo hablar un rato, después cuelgo y me acerco a Ana, que se pone de espaldas, enroscada en las sábanas, y me regala su mejor look de ninfómana. Le robo un beso largo para el viaje.

El sábado es el día en que llevo a Iván al analista. Iván, postergando el cuerpo menudo de Ana, vuelve como un dolor de muelas. Iván es mi problema. No importa cuánto gaste en sesiones y medicinas, es y será una llaga abierta que nos condena a Mike y a mí a curaciones eternas. Y hoy las curaciones están a mi cargo. «Debería desaparecer de sus vidas para siempre», pienso mientras manoteo las llaves. Sería mi traición definitiva, mi liberación definitiva. «En eso estoy», me consuelo, «falta poco».

Tardo diez minutos en conseguir un taxi, llego diez minutos tarde al departamento, cinco minutos tarde a la sesión. En el camino trato de hacer conversación, mientras el taxista, bajo instrucciones mías que toma al pie de la letra, gana tiempo venciendo a la onda verde no sin pasar algunas rojas y, como de costumbre, no encuentro de qué hablarle. Me enoja el modo en que

Iván mira a los cuatro costados con ojos bien abiertos y respiración agitada como esperando una bala, aunque intuyo que procesa mi presencia, que su silencio no es ausencia de registro sino multiplicidad maníaca de registros. Debería quedarme callada.

—¿Querés venir conmigo a ver alguna peli del festival?

—De noche no puedo —responde, luego de un largo minuto.

—Podemos ir mañana a la tarde. Me fijo qué dan y te aviso. ¿Qué te parece?

Silencio. ¿Será el Iván adulto mi hijo idiota y matricida?

Por fin llegamos. Toco el timbre y espero a que atiendan, avanzo con él hasta el ascensor, empujándolo suavemente por la espalda, y lo dejo subir solo, como pide la analista. En el *palier* del sexto piso se abre una puerta, se escucha una voz agradable de mujer, se cierra una puerta. Cincuenta minutos de libertad.

En Paraguay y Canning sirven el peor café de Buenos Aires, pero el escenario retro y los precios módicos son ideales para matar una hora hojeando el diario o estudiando a los habitués (políticos, intelectuales, hípsters) que hojean el diario en un juego de espejos. El bar enfrenta a su némesis en diagonal: un monstruo noventista

cromado y estridente. Que yo me pida un café en este bar sin tiempo dice algo de mí: por ejemplo, que volví por un rato a una Buenos Aires de postal, hace quince años, que soy una turista del pasado, que no puedo seguir varada en Casablanca por el resto de mi vida hemofílica.

Debo delatar mi monólogo interior porque un hombre me mira desde la vereda sin ningún disimulo. Por sus ropas tiene el aspecto de un mendigo de Dickens, de un actor en una película de Disney sobre una historia de Dickens: largo gamulán negro arratonado, zapatos marrones gastados, melena larga y sucia como sucio debe estar, sospecho, el resto de su cuerpo. Al ver sus piernas lampiñas no puedo evitar imaginarlo desnudo bajo el abrigo. Hay algo fuera de foco en la manera en que me clava la vista como si fuera la única persona en la calle y en el mundo, como si se pensara invisible o imaginara que solo yo puedo verlo. Me doy vuelta, pero no hay nadie detrás de mí. Pienso que me confunde con otra persona, pero no hay reconocimiento ni extrañeza en sus ojos apagados, solo un reflejo frío, un pozo, la mirada mineral de la Medusa. ¿Qué es lo que tiene en la mano? Me distraigo un segundo cuando la chica de las artesanías pasa a mi lado y me saluda, como hace siempre al llegar, antes de desfilas por las mesas del bar. Cuando vuelvo a mirar a la calle, el mendigo ya no está.